



Pablo Mourier

La muerte y sus simetrías


RELATOS
DEL SUR

La muerte y sus simetrías

—Yo asesiné al Papa —me dijo esa tarde en la plaza. Cerré el libro que estaba leyendo y la miré. Seguía en la misma posición en que la había encontrado un rato antes, sentada al otro extremo del banco, erguida y ensimismada, con las manos sobre la cartera gastada apoyada en su falda. Debía andar por los setenta.

—¿Mataron al Papa? —le seguí la corriente.

—Yo lo maté —aclaró de inmediato.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—Lo siento mucho —dije. Sonó ridículo.

Ella agradeció, fue un gesto casi imperceptible. Después, suspiró con nostalgia.

—¿Era tan joven entonces!

Recién entonces entendí que hablaba de otro tiempo y otro pontífice. Su afirmación no dejaba de ser un disparate, pero poner distancia con los hechos los hacía parecer un poco menos absurdos.

—¿Se da cuenta de lo que significa matar a un Papa? —insistió.

No supe qué contestar. En cambio, tuve la certeza de que alguna vez había sido muy atractiva. Todavía era una mujer hermosa.

—Es un vértice —dijo—, ¿sabe lo que significa?

—¿Un vértice?

—Las simetrías —agregó, como si eso pudiera aclarar algo.

No me sacaba los ojos de encima, su mirada era demandante.
—Veo que la geometría no lo conmueve —dijo, decepcionada.

La escena no tenía sentido: estaba en mi horario de almuerzo, en la plaza, sentado junto a una desconocida que decía ser una asesina pero lloraba al muerto, nada menos que el Papa. Y aun así, mi mayor temor era que ella se marchara. Sentí alivio cuando se acomodó en el banco.

—El crimen perfecto de un hombre bueno —dijo—. ¿Usted podría?

—No creo —respondí.

—Todos podemos, ya verá.

Pensé que lo mejor sería cambiar de tema, hacer algún comentario sobre la plaza y su magnífica barranca, o referirme al gomero centenario que se levantaba a nuestras espaldas. Imaginé que también para ella sería bueno tomar distancia de esa historia absurda del Papa, era evidente que la angustiaba.

—¿Viene siempre a la plaza? —pregunté—. Tiene algo especial.

Ella no dijo nada. Volví a probar suerte:

—¿Sabía que en este lugar hubo un mercado de esclavos? Y después una plaza de toros estilo morisco. También fue campo de batalla durante las invasiones inglesas.

La miré de reojo: parecía estar en su mundo, acomodaba con esmero las manijas de la cartera.

—Lo maté porque sonreía —dijo.

La observé en silencio, esperaba alguna clave que no llegó.

—¿Entiende por qué tuve que hacerlo? —preguntó.

Su insistencia en interpelarme me incomodaba.

—Discúlpeme, pero usted no me conoce, ¿por qué me cuenta esto?

—Porque usted no sonrío. Viene todos los mediodías, se sienta en el mismo banco, come un sándwich o lee, pero jamás sonrío. En eso nos parecemos.

Una pequeña hoja se desprendió de su rama y cayó en tirabuzón hasta posarse sobre la tapa del libro. Lo sentí como un oasis.

—¿Usted me estuvo espiando? —pregunté.

Ella se quedó pensando con gesto severo, como si le hubiese presentado un jeroglífico.

—Difícil saber quién es el espiado —dijo—, ¿quién mira a quién cuando se está frente a un espejo?

Por lo visto, seguía empeñada en enredarme en sus divagues, debía ser su manera de entretenerse.

—Me estaba contando algo del Papa —le recordé.

Sobre la vereda, dos palomas se acercaron sin prestarnos atención. Caminaban con paso torpe y se estremecían con su picoteo eléctrico en busca de comida.

—Parecía una historia interesante —insistí.

Ella no registraba mi presencia. Después del silencio, se puso de pie.

—Le pido que me disculpe —dijo—, tengo que irme.

Estuve a punto de pedirle que se quedara, pero parecía asustada.

—¿Sabe cuántos días duró su pontificado? —preguntó mientras alisaba su falda—. Treinta y tres, la edad de Cristo. ¿No le dice nada?

No esperó a que le respondiera, y caminó hacia el lado de Florida con paso decidido. La seguí con la vista hasta que desapareció detrás del monumento.

Volví a la oficina corriendo, con la charla había perdido toda noción del tiempo. Pedí disculpas, la presentación del plan de ventas se había demorado por mí. Ni el entusiasmo de los expositores ni todos esos gráficos rebosantes de cifras tan auspiciosas como improbables lograron sacarme de la cabeza el encuentro en la plaza. Me acerqué más de una vez a los ventanales con la esperanza de verla, fantaseé con que no se hubiese ido y estuviera sentada en otro banco, invisible bajo la

copa de los árboles. Si volviéramos a encontrarnos, tal vez ella me permitiera asomarme al núcleo de su delirio, como quien alcanza el cráter de un volcán. ¿Cuántas circunstancias del crimen habría fantaseado en esas profundidades y cuántos detalles escabrosos esperaban ser vomitados? Ante mi evidente falta de interés, los ejecutivos elevaron las proyecciones de venta hasta el absurdo. Ellos no eran menos delirantes que esa pobre mujer.

Al día siguiente, suspendí el almuerzo que tenía agendado; y al mediodía, volví a la plaza.

—Hermoso día —saludé, feliz de reencontrarla.

Ella no respondió. Miraba en dirección a un punto que me era imposible precisar.

—Me alegra verla de nuevo —insistí.

Ella permanecía imperturbable. Me senté al otro extremo del banco, dispuesto a esperarla. Después de un buen rato, habló.

—Me llevó años darme cuenta de que había sido un instrumento, nada más que eso. No es fácil de aceptar, ¿sabe?

—Me imagino —mentí.

—Ser el elegido encandila —agregó.

A pesar de su empeño, yo entendía cada vez menos. Ella se dio cuenta:

—Tan alta distinción ciega toda posibilidad de ver más allá, ¿comprende eso?

Mi silencio le daba el visto bueno para seguir.

—Equivale a la distracción del mago —dijo—, el artificio que lleva nuestra atención lejos de donde él prepara su final deslumbrante.

Se me ocurrió que también ella estaba haciendo un truco y traté de espiar.

—Eso que mencionó ayer, lo de haber asesinado al Papa, ¿a qué se refería?

—Fue un juego.

—¿Un juego?

—Las simetrías lo son.

—Me está tomando el pelo —reí—. ¡Casi no pude dormir!
¿Y ahora me viene con que fue nada más que un juego?

—¿Nada más? —dijo con ironía—. Se ve que no conoce las reglas.

Me acomodé en el banco sin dejar de mirarla.

—Solo ellos determinan las reglas —continuó—, son los únicos que de verdad juegan.

Aproveché para acercarme un poco más. Estuve a punto de posar mi mano sobre la suya, pero no me animé.

—Cuando se acumula tanto poder, ya solo queda jugar —dijo—. Para esa gente todo es un juego.

Había decidido rendirme. Ella se dio cuenta, su comentario pareció una disculpa:

—Pasaron muchos años. En aquel entonces usted debía ser un niño.

No quise quedar como un ingenuo, me apuré a contar lo que sabía:

—Sé que se habló mucho sobre esa muerte —dije—. El escándalo financiero, la corrupción política...

Ella movía la cabeza, en desacuerdo y sin dirigirme la mirada.

—Dinero —me interrumpió—, ¡otra vez la distracción del mago!

—¿Me va a decir que no fue por política y dinero?

Su mirada fue un reproche.

—Usted se queda en la anécdota —dijo—, en la comodidad de la superficie.

—Usted tampoco ayuda demasiado...

—Hay un orden superior, ¿eso lo entiende? Orden o caos, ¿usted de qué lado está?

Hablaba con severidad. Me di cuenta de que estaba a punto de

levantarse.

—¿El Papa muerto representaba el caos? —arriesgué.

—Representa lo espontáneo, lo auténtico —respondió.

Cierta luz en su mirada parecía darme la razón.

—También en el caos hay armonía —dijo—. La sonrisa del Papa bastaba para disolver toda solemnidad: ante ella, las simetrías se desmoronaban, el juego volvía a ser un juego de todos.

—¿La vieja utopía de cambiar el orden establecido? —pregunté.

Debió parecerle un lugar común, porque no me respondió.

—Tal vez haya escuchado que el Papa fue encontrado muerto en su cama, leyendo —dijo—, y que aún sostenía esas páginas en sus manos. No crea todo lo que dicen. Sí puedo asegurarle que su expresión era serena. No había un último gesto de dolor, ni el más mínimo intento de pedir ayuda, nada que pudiera corresponderse con un infarto.

—¿Esa fue la versión oficial? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

—Infarto agudo de miocardio. ¿No le parece extraño?

Me encogí de hombros.

—La gente se infarta —dije.

Ella perdió la paciencia. Su boca se llenó de fechas, nombres y circunstancias que habían rodeado la muerte del Papa, miserables y traidores. No la interrumpí, disfrutaba escuchando su historia y ella parecía aliviada de poder contarla. En un momento se detuvo y su semblante cambió. Se puso de pie, intranquila.

—Tengo que irme —dijo—, este lugar ya no es seguro.

Miré a uno y otro lado: no vi a nadie. Me dio pena sentirla tan angustiada.

—Cuídese —alcancé a decirle.

Volví a la oficina más confundido que el día anterior. Más tarde, ya en casa, busqué información en Internet. Me asombró la cantidad de teorías conspirativas que proliferaban con lujo

de citas y detalles. Coincidían en encuadrar el hecho como un asesinato político y señalaban idénticas motivaciones y ejecutores: crimen organizado, lavado de dinero y la necesidad de encubrir un escándalo financiero que salpicaba al Vaticano. Por sobre ellos aparecía la sombra de una poderosa logia. Las evidencias eran inquietantes, pero más me impactó un detalle que ahora, a la luz de los dichos de la mujer, cobraba relevancia: el pontífice que había enfrentado en soledad a ese inmenso poder político y económico era conocido como “el Papa de la sonrisa”. Recordé lo que ella me había revelado la primera vez: “Lo maté porque sonreía”. Eran casi las cuatro de la mañana y yo seguía leyendo sin siquiera darme cuenta de que el texto estaba en italiano.

Al mediodía siguiente la esperé en el banco con la ansiedad de un chico.

—Yo también creo que lo mataron —dije apenas ella se sentó.

—Lamento que haya tenido que ir a Internet para creerme —me fustigó.

—Hice lo mismo que usted, ¿o no?

—Es una cadena de muertes que no tiene fin. Sería imprudente de su parte que jugara a sumar un eslabón tardío.

—¡Al contrario! —aclaré—, solo quiero que se quede tranquila: usted no lo mató. Tomó todo de Internet y la historia la atrapó. Está tan obsesionada como yo.

Ella fue despectiva:

—No busque simetrías donde no las hay. Usted no es quién para inventar las reglas.

—Al Papa lo mató una conjura política—dije—. El Vaticano negó la existencia de una autopsia llevada a cabo en el máximo secreto. Su cuerpo fue embalsamado de inmediato, lo cual borró toda huella. Las evidencias sobran.

—Usted ve solo las apariencias —dijo, desencantada.

Redoblé la apuesta:

—El Papa sabía lo del Banco Vaticano y estaba decidido a arrancar el tumor de raíz. Pocos días antes de morir entregó a su canciller una lista con los nombres de los infiltrados en la Iglesia que pertenecían a la logia. Entre esos nombres figuraba el del propio canciller.

Me incliné hacia adelante para mirarla a los ojos.

—No estoy inventando nada —dije—, como tampoco lo inventó usted. Está todo en Internet.

—Seguramente también vio la película —se burló.

Asentí sin vergüenza.

—Volví a verla después de años —reconocí—, esta vez con otros ojos. La mafia que vuelve a cruzar el océano, el regreso a la tierra de los ancestros, nuevos modales, negocios y ropajes. La misma bestia.

—Las simetrías lo confunden —me interrumpió—, temo que vio la película equivocada.

—La peor Iglesia —insistí—, la corrupción política, la logia en las sombras.

Ella me desmentía moviendo su cabeza. No le hice caso y seguí enumerando.

—El poderoso banquero, colgado de un puente en Londres. Políticos corruptos asesinados. Un medicamento para cardíacos usado como veneno. El intento de ocultar a la religiosa que lo había encontrado muerto en su cama. ¿Cuántas más evidencias necesita?

—Vaya más atrás —dijo—. Debe remontarse al oscurantismo de la Inquisición. Ahí encontrará las verdaderas claves.

Su desautorización era devastadora.

—No entiendo —dije—. ¿Por qué me eligió a mí?

Ella se rio, decepcionada.

—¿De verdad cree que fui yo quien lo eligió? Cuando pierda la soberbia va a entender. Como yo en su momento entendí.

—Mire, no soy tonto. ¿Está insinuando que fui yo quien la

eligió a usted? ¿Ese es el juego? ¿Esas son sus simetrías? ¿Todavía cree que no puedo entenderlas? ¿De quién es la soberbia, entonces?

Ella no retrocedió.

—Usted, yo, ¿cuál es la diferencia? ¿Piensa que a esta altura podrá salvarse? —dijo antes de ponerse de pie—. La simetría es la previsibilidad más exquisita.

Cada vez que se marchaba, su ausencia multiplicaba el misterio. No podía dejar de pensar en la soledad de ese Papa que sonreía, abandonado a su suerte en un laberinto de intrigas que lo superaban.

Soporté la tarde en la oficina como pude, solo esperaba volver a casa y sumergirme en Internet. A poco de navegar, quedé deslumbrado: acababa de toparme con otra película. No tuve dudas: era la película a la que ella había hecho referencia. Allí estaban el sagaz fraile franciscano y su joven discípulo, la abadía sórdida y las bibliotecas del saber restringido a unos pocos. La develación del libro maldito, las lenguas manchadas por el veneno y el origen de la cadena de muertes: la risa como desafío al poder en tiempos de la Santa Inquisición. Otra vez la risa como protagonista, tal como ella me lo había advertido el primer día.

Busqué en Wikipedia y mi asombro fue aún mayor: las fechas coincidían. La novela en la que se basaba la película había sido publicada poco después de la muerte del Papa. En esas páginas, bajo la trama de intrigas en una abadía benedictina, se escondían las razones de un crimen que tendría lugar seis siglos más tarde. Nos habíamos deslumbrado ante el genio del semiólogo devenido en novelista, habíamos convertido su obra en *best seller* y llenado de aplausos las salas de los cines. Y sin embargo, ninguno había entendido nada. Con las evidencias frente a nuestros ojos, no habíamos querido ver. Nosotros también lo habíamos asesinado.

Al mediodía siguiente, volví a la plaza y la esperé. Quería contarle acerca de todo lo que había descubierto, se sentiría orgullosa de mí.

Cuando llegó parecía otra persona. Estaba alterada, en un estado de ansiedad que no le había conocido antes.

—Me vienen siguiendo —dijo, desencajada.

Levanté la vista. Miré en dirección al monumento y después hacia el lado del Kavanagh.

—Tranquilícese —le pedí—, no veo nada raro.

—En el sector de juegos —dijo—, la mujer de rodete y vestido floreado.

Miré hacia donde ella me indicaba.

—¿La mujer de las hamacas?

—¡No la mire a los ojos! —me advirtió y se cubrió los suyos con las manos. Estaba temblando.

Me levanté y enfilé en dirección a los juegos.

—¿Qué hace? ¡Vuelva acá! —trató de detenerme.

No le hice caso y seguí avanzando hacia la mujer temida. Era joven, delgada y distinguida, su pelo negro, recogido y tirante, coronaba en un rodete. No se parecía en nada a un sicario, más bien me resultaba irresistiblemente atractiva. Estaba muy cerca cuando un niño de unos cuatro años pasó corriendo a mi lado. Ella aprovechó el envión que traía y lo levantó en brazos, giró sobre sí misma y dio varias vueltas abrazada a él. El niño reía y gritaba, entusiasmado con el vértigo del juego. Ver la felicidad de esa madre y su pequeño me impactó. ¿Qué estaba haciendo? ¡Cómo me había enredado en semejante disparate! Regresar al banco fue inútil, en él ya no había nadie.

Retorné al día siguiente, con la sospecha de que ella no volvería a la plaza. Pasaron frente a mí las imágenes y las palabras de cada uno de nuestros encuentros. En ese estado de ensoñación, no la vi venir. Cuando se sentó en la otra punta del banco,

sentí una inmensa alegría.

—Lo metí en problemas — dijo. Parecía angustiada.

—Qué importancia tiene —respondí—. Me asomé a los misterios más oscuros, conocí secretos aberrantes, me sobrepuse a lo más bajo de la condición humana.

—Igual que yo en aquel tiempo —se resignó—, la misma soberbia.

—¡Ahí tiene: al menos lo de las simetrías era cierto!

Me miró con compasión, se la veía fatigada.

—Solo vine a pedirle perdón —dijo mientras se ponía de pie—, ya nadie puede protegerlo.

No supe qué responder. Estaba frente a una mujer frágil e indefensa que insistía en preocuparse por mí, todo era parte del mismo disparate. Por primera vez, ella me rozó con su mano en la mejilla. Fue una caricia y una confesión:

—El Papa murió en mis brazos —dijo.

Me paré y la abracé, conmovido. Debí esforzarme para no llorar.

—¿Usted es la religiosa que lo encontró esa mañana?
—pregunté— ¿Después del veneno?

—No hubo veneno —dijo—, el amor entre un hombre y una mujer jamás podría ser veneno.

Me despegué de ella y retrocedí apenas.

—¿No puede concebirlo, verdad? —agregó—. Pero es así: él sonrió hasta morir, acostado a mi lado.

—Eso no es cierto —dije—, no gana nada con ofender a su Dios.

—La única ofensa a Dios fue escandalizarse frente al amor, vestir con vergüenza su cuerpo desnudo, echar al fuego las sábanas que aún dibujaban nuestras formas —su tono de voz no era el que yo conocía, su vehemencia aumentaba con cada palabra—. Negar el amor, ese es el único veneno.

—Cálmese —le pedí—, le va a hacer mal.

Quise tomarla del brazo pero ella me rechazó. Me di cuenta de que no sabía cómo se llamaba, hubiese querido decir su nombre.

—Puedo acompañarla a consultar a un médico —le ofrecí con torpeza.

Ella retrocedió sin dejar de mirarme, sus ojos nunca habían translucido tanto desamparo. Intenté corregir mi ofensa pero me dio la espalda y se alejó hacia el lado de Maipú. Bajó los tres escalones para luego cruzar la vereda y pisar la calle. El auto apareció de la nada y la levantó en el aire como si fuera un maniquí. Quedó tendida sobre el asfalto, sus brazos extendidos en cruz. Por un instante fui el único testigo, después llegaron los gritos y los curiosos. Corrí hacia ella, pero antes de bajar los tres escalones quedé paralizado: el auto se había detenido pocos metros más adelante. La puerta del conductor estaba abierta y la mujer que manejaba había bajado, presa de un ataque de nervios. Su pequeño hijo se aferraba a sus piernas y lloraba sin consuelo. Los primeros en acercarse trataban de calmar a esa mujer alta, delgada y distinguida, con su cabello muy negro y tirante coronado en un rodete.

